



EN-CLAVES
DEL PENSAMIENTO

La herencia de la Antigüedad

The Inheritance of Antiquity

Alberto Constante

Universidad Nacional Autónoma de México, México

albertoconstante@yahoo.com.mx

En-claves del Pensamiento, vol. X, núm. 19, enero - junio, 2016, pp. 173-178
Publicación de la Escuela de Educación, Humanidades y Ciencias Sociales
Rectoría del Tecnológico de Monterrey

En-claves del Pensamiento,
ISSN (Versión impresa): 1870-879X
enclavesdelpensamiento@itesm.mx
Escuela de Educación, Humanidades y
Ciencias Sociales
México

Recibido: 20/05/2015
Aceptado: 21/11/2015

La herencia de la Antigüedad

The Inheritance of Antiquity

“Los hechos de la *Ilíada* y la *Odisea* sobreviven con plenitud, pero han desaparecido Aquiles y Ulises, lo que Homero se representaba al nombrarlos, y lo que en realidad pensó de ellos. El estado presente de sus obras es parecido al de una complicada ecuación que registra relaciones precisas entre cantidades incógnitas”, anotaba Borges. No le faltaba razón. El juicio, me parece, es preciso, minuciosamente preciso, pero igual, como agregaba, la letra nos sigue asombrando con su íntimo misterio.

Leer y volver a leer la obra homérica sigue siendo la apuesta al portento de ese arte con que se abre el alma de Occidente a la poesía y a los mitos. La obra de Leticia Flores Farfán, *Temblores en el ánimo. Fragmentos para una historia de la intimidad en la Grecia antigua*, vuelve sobre esas obras y sobre esos dos personajes a los que Borges se refiere, tan lejanos en el tiempo, pero tan cercanos en su constitución dramática e íntima que es como nos los descubre este libro.

Temblores en el ánimo, es, sin lugar a dudas, una forma otra de leer aquella vasta biblioteca de la que sólo conocemos las orillas: la *Ilíada* y la *Odisea*, porque como se señala en la contraportada del texto, “la autora se adentra en la vida íntima de los personajes de estos extraordinarios relatos, a fin de dar cuenta de las afecciones, sentimientos y pasiones que invaden el ánimo y el acontecer de los hombres y los dioses que protagonizan estas historias”.¹

Es cierto, creo conocer la escritura de Leticia, la he leído en otras obras que igual me ha conmovido hondamente, no sólo por lo que dice, de manera profunda e inteligente, sino por *cómo* lo dice. El ritmo que imprime a las palabras, la cadencia casi musical con la que va construyendo ese edificio de conceptos e intimidades, a veces como si fuera un *staccato*, otras como un *adagio* y muchas veces como *grave*:

¹ Leticia Flores Farfán, *Temblores en el ánimo. Fragmentos para una historia de la intimidad en la Grecia antigua* (México: ed. MC, col., Pensamiento Andante, 2015), contraportada.

Véase si no esa hondura con la que Leticia Flores toca nuestros propios abismos al describir la conmoción que sufre Aquiles por la dignidad de la vejez de Príamo, por su dolor compartido, el uno por Patroclo y el otro por su hijo Héctor, el pasaje que describe es de un enorme temblor en el ánimo, desgarrar, quizá porque es el punto casi final de la narración y de la vida misma que se juega en la *Ilíada* cuando Aquiles advierte la semejanza entre el enemigo y el ser querido..., dice Leticia Flores: “A Aquiles le conmueve la actitud suplicante del viejo Príamo porque sabe que la vejez es la etapa de la vida cuando la tristeza acompaña a los hombres con mayor intensidad. Cuando viejos, el cuerpo apenas se yergue, los miembros flaquean y los anhelos y aspiraciones declinan. Cuando viejos, la espera se acorta y la errancia se vuelve un ecuero. La vejez es tiempo de nostalgia y melancolía. Atrás quedó la acción y la esperanza. Adelante, sólo la muerte. Los recuerdos que llegan de aquellos que llegan a viejos dan cuenta con mayor intensidad de la precariedad, el sufrimiento, la aciaga finitud, la aterradora incertidumbre y los escasos momentos de alegría que acompañan los derroteros de la vida humana. Pero como al viejo Príamo, quien ya casi es un muerto, lo anima la posibilidad de recuperar el cadáver del mejor de sus hijos aunque con ello ponga en riesgo su propia vida, en Aquiles nace una admiración respetuosa por el Dardánida Príamo quien revela su nobleza con sus actos y palabras”.²

Tengo preferencia, sin duda, por la sangrienta *Ilíada* —como la llamaba Borges—. Porque no podría dejar de amar la furia de Aquiles, porque no puedo dejar de reconocer el sentido de la vergüenza que posee el sereno Héctor, y porque me sería imposible comprender la arquitectura de este libro sin el arrebatado Agamenón, porque sé que será traicionado y muerto, pero igual porque Patroclo en su heroicidad será piedra fundamental del desarrollo de esa épica, y por Príamo. La lectura de este libro me lo confirma, les confieso que al leerlo me quede atrapado en esa trama que se tejió, estoy seguro, desde lugares tan personales, pero que se hicieron universales cuando el tema fue el dolor, el llanto, el temor, la pasión, el amor, pero igual por la fascinación que ejerce su escritura que semeja a ese lenguaje “casi” homérico, porque no es una narrativa que vaya contándonos lo que todos hemos leído acerca del drama inaudito que vivirá el Périda, o el llanto de Ulises ante Alcínoo, sino que es más bien una narración en el registro de lo imaginario, de ese continente en el que se desarrolla el mundo en imágenes, no solo visuales, sino imágenes en sentido semilógico. Leticia Flores en este libro despliega una forma de contar ese dolor, ese llanto, ese temor, esa pasión, ese amor “como si”..., como si estuviera sucediendo en ese instante. No leemos entonces, sino vivimos ese *temblor*

² *Ibidem*, p. 122.

en el ánimo de Aquiles, de Ulises, de Príamo, Andrómaca o Penélope y por eso nos toca. “El relato homérico no es una elucubración racional ni conceptual; su narración muestra a los personajes de manera viva, llenos de afectos, sentimientos, emociones y saberes prácticos para la vida porque son seres enmarcados en una existencia efímera, permanentemente amenazada por la violencia de la guerra, por la fragilidad de su destino, por la finitud de su naturaleza, por el estremecimiento que provoca la irrevocabilidad de acontecimientos incontables”.³

Este libro me persuade de que la certidumbre de que todo está escrito, no anula los fantasmas. La herencia de la Antigüedad, ya lo decía Foucault, es como la naturaleza misma, un amplio espacio que hay que interpretar; aquí como allí, es necesario destacar los signos y hacerlo hablar poco a poco, despertarlos nuevamente a otro tiempo, a otros gestos, con una nueva mirada. Este libro recorre las páginas de la obra de Homero haciendo nacer otra forma de discurso que la encuadra. Es cierto que los discursos de los antiguos, si tienen el valor de un signo, lo son porque en ellos está siempre esa pequeña luz que no deja de atravesarlos, así, pienso en Leticia Flores creando las estrategias para elegir las formas en que nos acercamos a los textos, con sus tácticas y sus extravíos, con sus variaciones y sus transformaciones de rímo, pues es ahí donde se produce un desplazamiento, que es una muestra de la forma específica que tiene al menos esta obra en una exploración que se transporta entre la filosofía y la literatura, porque Aquiles y Ulises, como decía Borges, han desaparecido en todo ese registro del que algo quiso decirnos Homero y ahora su deslizamiento recorre esos “temblores del ánimo” en las dos obras que siempre han sido catalogadas como épicas.

Esta forma de narrativa que posee Leticia Flores nos habla entonces de otra épica, de una en la que pareciera que está como fondo Safo, la de la lírica, la poetiza de las reverberaciones de la interioridad humana, aquella que ha descubierto para la posteridad la suprema forma de individuación que es la mostración de la intimidad. Aquí, la experiencia está siempre delimitada y dispuesta, se concentra en una escena específica, nunca es abstracta.

Habría que recordar que todas las grandes obras de la literatura inician con una frase que nunca más podremos olvidar. El inicio de esa fantasmagoría que llamamos Occidente será siempre iluminada por famosísima *Mênis* del divino Aquiles: “La cólera canta, oh diosa, del Périda Aquiles,/ Maldita, que causó a los aqueos incontables dolores,/ precipitó al Hades muchas valientes vidas/ de héroes y a ellos mismos los hizo presa para los perros/ y para todas las aves —y así se cumplía el plan de Zeus—,/ desde que por primera vez se separa-

³ *Ibid.*, 64-65.

ron tras haber reñido/ el Átrida, soberano de hombres, y Aquiles, de la casta de Zeus".⁴

¿De qué cólera, de qué furia nos habla Homero que nos turba con la fuerza inaudita de sus palabras? Leticia Flores señalará que la *Mênis* entre los griegos era más que la mera emoción de un individuo. Es una sanción cósmica contra el proceder que viola las reglas más básicas de la comunidad humana. Pues *Mênis*, es tanto poder y peligro que posee una persona que violenta esas reglas porque para Homero, una conducta transgresora como la del Pélida Aquiles tiene un rostro creativo y otro destructivo. "La *mênis* de Aquiles es una pasión que el Pélida comparte con los dioses porque lo suyo no es simple rencor ni la cura guerrera, sino cólera sagrada que hace que el héroe se transforme en odio, furor, venganza que ya no estará guiada por el aplauso del heroísmo en la guerra sino por la ira furibunda y la terrible ofuscación que lo hará dejar desolación y desconsuelo a su paso".⁵

Pero la *mênis* apenas si es una orilla de lo que acontece en este libro, porque como nos lo hace ver Leticia Flores, no se trata sólo de narrar la furia del divino Aquiles, sino también las ambivalencias del héroe: "Héctor es un héroe y los héroes no perecen si esfuerzo y sin gloria porque anhelan que sus proezas les hagan ganar la fama imperecedera... Homero se refiere a Héctor como un águila de alto vuelo, deja de ser una presa acechada por su depredador, y con ello testimonia la ambivalencia propia del heroísmo que conjunta fiereza y temor, valentía y miedo, entereza y temblor en el ánimo y el corazón".⁶

Leticia Flores, a lo largo de los tres capítulos que conforman este libro, va fijando las escenas de lectura, ella hace con la clásica epopeya una forma de individualización, pues designa a quien lee, lo nombra, lo sitúa, lo hace crearse como lector ante el dolor amante de Aquiles o ante el llanto desesperado de Ulises frente a Alcínoo. De pronto, nosotros como lectores nos convertimos en testigos de esos *temblores en el ánimo* en una red de signos, en esa sucesión simétrica de letras que también testimonian cómo es que "El cantor entona historias tristes y de sufrimiento porque canta el pesado destino que, por voluntad de los dioses, llevó a la ruina a tantos hombres "por dar que cantar a los hombres futuros".⁷

La clave para constituir la narración que nos lleva mar adentro del libro consiste en establecer la conexión con esa otra historia que nos narra la intimidad de los héroes, sus dubitaciones, sus miedos, sus pasiones y su llanto y que sucede como a la sombra de lo épico que trastorna todo y lo lírico que señala

⁴ Homero, *Ilíada* (Madrid: Biblioteca Básica Gredos, 2000), Canto 1. 5.

⁵ Leticia Flores Farfán, *Temblores en el ánimo*, 104.

⁶ *Ibid.*, 114.

⁷ *Ibid.*, 24.

la intimidad transida, la fragilidad de la vida misma, el drama de la decisión siempre tentativa pero, al mismo tiempo, sin retorno posible; por ello, y no creo equivocarme, nos adentramos a la experiencia enigmática del relato sólo para constatar que la narrativa de Homero está plagada de "... texturas, enigmas y trampas que se superponen en diversos planos, y enmarcada en una riqueza emocional que hay que desentrañar dentro de cada una de las palabras que componen los versos".⁸ En definitiva, esta lectura que hace Leticia Flores no es otra cosa que la revelación de que en la prosa misma de Homero yace y pervive, hace embellecer y atraviesa ese otro género literario que florecerá con Safo. No es la literatura, es tan sólo el drama de la existencia.

Ya no estamos, como se nos ha hecho ver, ante el espíritu oscuro pero obstinado de un pueblo que habla, la violencia y el esfuerzo incesante de la vida, la fuerza sorda de las necesidades escapan al modo en como lo conocemos y lo situamos. Lo que queda claro es que Homero o los homéridas, marcaron para siempre una impronta que es como el envés metafísico de la conciencia: un rumor de pasiones, una geografía pasional, una urdimbre donde se traman los destinos de los hombres en medio de situaciones en los que se les va la vida misma.

Terminemos con unas palabras de la autora, palabras que encierran todo lo que se trama en este libro: "Todas estas escenas de estremecedora emoción son las que nos permiten afirmar que la *Ilíada* y la *Odisea* son cantos de intimidad, trenos sobrecogedores de afectividad que la poesía épica ha querido revelar en los intersticios de las historias monumentales que tuvieron lugar en el enfrentamiento a muerte de los grandes héroes de la epopeya como elegía a la vida humana que no es otra cosa más que una extraordinaria *Odisea* heroica "materia de canto para los hombres futuros".⁹

ALBERTO CONSTANTE¹⁰

⁸ *Ibid.*, 34.

⁹ *Ibid.*, 67.

¹⁰ Docente-investigador, Universidad Nacional Autónoma de México, México, albertoconstante@yahoo.com.mx